LA VENGANZA DE ZANASETH

por José León Cano

autor de «LA CABEZA DE MAMA», «EN LA CRIPTA DEL JARDIN», «EL RUBI DE LOS SIETE ANILLOS», «HOTEL AMSTERDAM, HABITACION 231», «LA HERENCIA DEL CONDENADO», «VAMPIRO» y «LA PROTEGIDA DE ZIYAGH»

Recibí un extraño paquete. Contenía uñas y cabello humanos. Hasta entonces me había sentido un hombre afortunado porque pensaba que no tenía un sólo enemigo. Eran cinco uñas retorcidas, casi negras, enteras como si hubieran sido arrancadas de cuajo. Y un mechón negro de cabellos anudados. Cabellos de anciana entreverados de largas canas, cuyo asqueroso contacto no pude evitar al abrir la pequeña caja de madera. Si alguien, evidentemente, tenía el propósito de inquietarme, lo había conseguido con creces.

Me acordé, una por una, de todas las personas que habían tenido alguna relación conmigo en los últimos tiempos. Pero no recordé ninguna mirada de odio; ni siquiera un gesto de disgusto hacia mi persona. Pensé que se trataba de un maníaco desconocido cuyos propósitos, por muy insanos que fueran, no podían afectarme, y tiré la caja a lo más hondo del cubo de la basura. Días después me había olvidado del incidente por completo.

Al cabo de un mes, aproximadamente, el ruido de un golpe seco, muy cercano a mi almohada, me despertó. El crucifijo que pendía a la cabecera de la cama se había desplomado. El hecho me pareció sumamente desacostumbrado. Porque el clavo seguía intacto en la pared, y el asa del crucifijo no tenía desperfecto alguno. Pero me produjo más fastidio que otra cosa, y no tardé en recuperar el sueño. «Sin duda –pensé antes de dormir–, la asistenta lo habrá colocado mal al quitarle el polvo».

Dos noches más tarde, al regresar a casa, me encontré con una desagradable sorpresa. Mis libros, mis discos y mis papeles estaban desparramados por el suelo. Pero no había más señales de violencia y comprobé que no me faltaba nada. No pude evitar, sin embargo, relacionar este hecho con los dos anteriores. En vano traté de explicármelo. Pero recurrí al consuelo de pensar en una improbable huída precipitada de ladrones inexpertos, antes de permitir que mis nervios comenzaran a alterarse.

Mi trabajo seguía desarrollándose con normalidad, y pese al intermitente recuerdo de lo sucedido, seguía considerando al mundo como a un lugar confortable, ordenado y gratificante, donde la tranquilizadora sucesión de causas y efectos estaba regulada por las leyes de la lógica. No necesitaba hacer grandes esfuerzos para ganarme la vida, mi empleo era seguro y bastante bien remunerado, y tenía al alcance de la mano cuantos placeres pudiera desear. En consecuencia, y para evitar que nadie entrara en mi casa, hice colocar en la puerta una cerradura blindada, de alta seguridad. También tuve la supersticiosa precaución de descolgar definitivamente el crucifijo. Y me propuse adoptar la costumbre de abrir paquetes sospechosos sólo en presencia de alguna persona. Con

eso, y con la tranquilidad que proporciona una muy saneada cuenta corriente, no tardé en regresr al delicioso limbo de los privilegiados.

Cierta noche no lograba conciliar el sueño. Una rara inquietud, cuyo origen no podía averiguar, me mantenía despierto en la cama. El silencio era absoluto y la oscuridad completa. Había sin embargo «algo», una especie de vibración mental desacostumbrada, el cosquilleo de una espantosa premonición de imágenes indefinidas, un soplo helado recorriendo los intersticios de mi mente, el perfume de una emoción maligna planeando sobre la cabecera. No recordaba haber tomado, durante el día, más tazas de café que de ordinario, pero me sentía como bajo los efectos de un excitante particularmente venenoso. Me levanté desasosegado y decidí fumar un cigarrillo en el despacho. Sólo a medias conseguí calmarme, pues con la imaginación sebreexcitada creía ver horribles figuras dibujándose en el humo, monstruosos seres blanquecinos de garras evanescentes y miradas amenazadoras, formas ominosas que permanecían suspendidas en el aire bastante más tiempo de lo normal. Pensé que se trataba de simples proyecciones del subconsciente, como las que se perciben al interpretar las manchas inconcretas en los test de Rorchard, aunque no dejara de inquietarme el hecho insólito de que tales figuras se formasen sobre un humo que ascendía y se movía con increíble lentitud. Apagué el cigarrillo. No se borraba de mi mente el recuerdo del paquete que me enviaron y de su repelente contenido, aunque achaqué mi sobreexcitación nerviosa al exceso de trabajo. Tal vez había llegado el momento de tomarme unas cortas vacaciones.

Tres días después conseguí verme libre de obligaciones. No tendría que regresar a la oficina en dos semanas. Quería irme al sur, al encuentro con las palmeras, esperando que el abrazo del sol, encendiendo uno a uno todos los poros de mi cuerpo, me librara para siempre de aquella densa y pegajosa pesadilla. Pero huía de ella en vano, como vano sería huir de la propia sombra.

Me interné en lo más hondo del desierto de Libia, deseando enfrentarme con mi propia soledad, hacia un reencuentro conmigo mismo que llevaba postergando demasiado tiempo, y a cuya falta atribuía la inquietud que, transformada en insano horror, me venía devorando en los últimos tiempos. Había vivido de una forma de la que no estaba contento, haciendo cosas que no me satisfacían, por la simple necesidad de subsistir. Recibir aquel paquete fue la gota que rebasó el vaso de la angustia, y fue mi angustia la que me empujó a ver fantasmas donde no había sino un cúmulo de malditas casualidades. O eso era, al menos, lo que yo intentaba creer.

En el desierto cambió el ritmo de mi tiempo, y con ello desaparecieron las obsesiones. Viajar entre las arenas infinitas con una caravana de «hombres azules» constituyó una experiencia desacostumbrada que me obligó a ver el mundo como si acabara de nacer. Días y días sin que me asaltasen las densas y malas vibraciones de la ciudad operaron el milagro de fortalecer mis nervios. El silencio, la quietud y la absoluta pureza de la naturaleza circundante hicieron que mis errores, pero a la vez mis realizaciones positivas, se me representaran nítidamente, y pude hacer un balance de mi vida. La convivencia con aquellos hombres austeros y sencillos me purificó, y tuve la sensación de estar tocando el cielo con las manos.

Mi regreso a Londres significó enfrentarme nuevamente con el problema. La magia del viaje desapareció como por encanto al cabo de unos días. Atrapado por el sistema, que me obligaba a realizar acciones en las que no tenía depositado un asomo de fe, pronto sucumbí a la debilidad de dejarme arrastrar por la corriente y, en consecuencia, los temores hicieron brotar otra vez multitud de fantasmas en

mi espíritu.

Todos somos capaces de levantar nuestro propio cielo, pero en la mayoría de los casos cada cual se fabrica su propia tumba, y en ella se entierra, sepultado por los cenegales del pasado. Había intuido que regresar a Londres era un gran error y no tardaría en comprobar, para mi desgracia, la certeza de tal premonición.

El cielo estaba particularmente plomizo una tarde en que regresé a casa más cansado que de ordinario. Tapizados por aquella luz de plata algodonosa, los objetos cotidianos adquirían en la penumbra de mi habitación apariencias de irrealidad, como si flotasen entre las brumas de una pesadilla grisácea. En otro tiempo, ese momento ambiguo que precede a la caída de las sombras me era grato y tenía la virtud de relajarme. Pero no ocurría así desde que recibí el maldito paquete, sino que tal momento resaltaba la inquietud inherente a ciertos recuerdos sombríos, jamás borrados de mi memoria: las uñas negras, el cabello retorcido, la caída del crucifijo... Procedí, como tantas otras tardes, a exorcizar esos recuerdos, a neutralizar la inquietud que me inspiraban por medio de sencillos rituales domésticos. Calzarme las zapatillas, aspirar el humo de la pipa, sorber un poco de whisky y encender la chimenea. Estaba relizando esta última operación, colocado en cuclillas sobre el fuego, cuando escuché a mis espaldas, con incuestionable nitidez, el ruido de una respiración afanosa.

Al descartar la posibilidad de una corriente de aire como causa de aquel sonido espeluznante, mi vista seguía fija en los retorcidos arabescos del fuego, pero mi mente fue inexorablemente atraída hacia las vertiginosas imágenes del horror. Era inconcebible que alguien hubiera podido entrar en mi casa, acercarse sigilosamente hasta mis espaldas y tratar de asustarme de aquella forma. Me volví con rapidez. El fuego de la chimenea flagelaba las sombras con latigazos parpadeantes. Creía, obviamente, que me encontraba solo en casa. Y aunque ya no pude sostener esa creencia, a nadie vi. Si bien pude localizar, con relativa exactitud, el lugar de donde precedía la respiración. Era mi viejo sillón de orejas, donde se habían acumulado, al calor de la lumbre, antiguas tardes de lectura y meditación mucho más felices que aquella. La luminosidad del cielo era apenas un remoto recuerdo del sol y no podía competir, a través de la ventana, con los rojizos resplandores del hogar.

Dudo que mis nervios hubieran podido soportar, en tales momentos, cualquier visión de ultratumba. Pero era mucho más espantoso escuchar una respiración y no poder ver el cuerpo del que procedía. El miedo que experimenté fue tan intenso que se tradujo en una sensación cenestésica, la de sentir que unos dientes de hielo se clavaban en mi cerebro. Cometí entonces varias estupideces. La primera de ellas, reprimir el grito de horror que pugnaba por escapárseme de la garganta. La segunda, arrojar al sillón con el atizador una brasa de la chimenea, creyendo ilusoriamente que con aquel gesto de violencia gratuita desaparecería el sortilegio. No fue así, sino que el ritmo de la inaprensible respiración se aceleró hasta situarme al borde mismo de la locura. Quise hir, pero la fascinación del suceso quebró mis mecanismos de defensa. Entonces escuché, entre siseos entrecortados, el sonido de una voz apagada que se dirigía a mí en un idioma incomprensible repitiendo, en medio de articulaciones apenas audibles, una obsesiva cantinela:

–¡Zanaseth...! ¡Zanaseth...! ¡Zanaseth...!

El extraño fenómeno me tenía tan alterado y perplejo que perdí toda sensación de realidad. Era una voz de mujer, de anciana a juzgar por sus fatigosas modulaciones, o de muerta –si eso fuera posible–, a causa de la pútrida evanescencia de sus ecos. Me levanté, temblando de pies a cabeza, y traté de

escapar. Pero la puerta se cerró entonces, por sí sola, ante mis narices. Oprimí el picaporte jadeando, sudando y temblando, pero una fuerza enorme me impedía moverlo. Un aliento fétido y frío erizó mi nuca, y volví a escuchar tras de mí aquella voz espantosa:

–¡Zanaseth...! ¡Zanaseth...! ¡Zanaseth...!

Me volví entonces y descubrí horrorizado la lepra de su boca, el doble cuajarón de sus encías agusanadas, su cráneo pelado y tumefacto del que pendía un único mechón de cabellos blanquecinos, retorcidos y largos hasta la esquelética cintura. Una mano sin uñas, cubierta apenas por resecos girones de piel, me señalaba. Pude ver su lengua carcomida, purulenta, oír el chasquido de sus quijadas desprovistas de carne, quemarme de horror ante las fosforescencias verdosas de sus cuencas vacías. Y temblé al sentir el roce de aquellos huesos podridos sobre mi frente, el del agujereado y reseco sudario negro sobre mi mejilla. Y sentí luego, en todo mi ser, la enloquecedora repulsión de su abrazo. Recuerdo que grité deseando la muerte mientras mi corazón, descontrolado, parecía a punto de explotar. Luego perdí el conocimiento y me sumergí en un piélago de nauseabundas pesadillas donde el continuo gorgoteo de seres infrahumanos, reptantes, escamosos, me anunciaba la entrada al mundo de las Tinieblas Inferiores.

La pesadilla estaba salpicada por innumerables rincones donde anidaba el horror, y los meandros de mi locura se deslizaban por todos ellos. Asistí al proceso de descomposición de mi mujer, muerta dos años atrás, con los ojos de una rata que se hubiera introducido en su ataúd; vi con insufrible lucidez los momentos de mi propia muerte, devorado por el cáncer, y supe con exactitud la fecha en que ocurrirá. . También asistí, en uno de los escenarios de la pesadilla, al repulsivo espectáculo de la próxima Guerra y las espantosas deformidades de los supervivientes, al triste destino de la humanidad hambrienta, enferma y desesperada. Vi asimismo otras cosas de las que no me atrevo a hablar, el ominoso rostro de los verdaderos Señores de la Tierra, quienes, amparados en las sombras, encauzan las voluntades humanas hacia un inmediato suicidio colectivo. Vi la triste farsa de mi vida y de la tuya, suspendidas por hilos que manejan desde el infierno, y la inutilidad de querer mantener a toda costa ese don ilusorio.

Y no fue todo eso, con ser tan espantoso, lo peor de mi sueño. Mi sensibilidad llegó al límite de lo tolerable cuando apareció aquel negro enjuto, de rasgos afilados, riéndose de mí a grandes carcajadas. Reconocí en ellos a los del ascensorista de un hotel a quien, años atrás, había yo vejado de forma tan estúpida como lamentable. En un momento de distracción e impidiéndome el paso con ello, mientras el resto de quienes habían utilizado el ascensor lo abandonaban. Puedo soportarlo todo menos el hecho de que un asqueroso negro se atreva a darme la espalda. «¡Aparta, negro!», grité, y luego lo derribé al suelo de un empujón. Me sorprendió que no me mirase con una clase de odio a la que no estoy acostumbrado. Porque, aunque sus ojos eran fríos como los de una serpiente, me sonreía... Y ahora, en la pesadilla, se reía de mí a carcajadas, mostrándome sus dientes blanquísimos, apoyando en mis hombros sus repugnantes y peludas manos. Supe entonces quién me había remitido el paquete que contenía uñas y cabello. Porque dejó de reír y mirándome como podría yo mirar a un perro, me dijo:

–«¡Soy Zanaseth, el Brujo! ¡Pobre diablo blanco...! ¡Y esta es mi venganza!».

Sentí entonces que sus dedos, convertidos en lenguas de fuego se atenazaban cruelmente a mi garganta, la atravesaban y llegaban hasta mis pulmones, quemándolos. Me sentí por un momento entre la vida y la muerte, y pude ver mi propio cuerpo flotando en un monstruoso mar de lava. La sensación del fuego

devorándome fue tan vívida que me hizo despertar. El humo, oscuro y denso, me impedía la respiración. El horror de la pesadilla seguía persiguiéndome cuando, como un autómata, pude incorporarme del suelo y alcanzar la puerta. En mis oídos resonaban todavía las sardónicas carcajadas del negro. O tal vez fuera el chisporroteo de los muebles, incendiados a causa de mi imprudencia, cuando arrojé un tizón encendido al sillón de orejas. En el último momento, antes de alcanzar el exterior, las llamas alcanzaron mi camisa. Pero no eran las quemaduras las que me hacían gritar como un loco, corriendo a campo través mientras, a mis espaldas, la casa ardía por los cuatro costados. Eran las insufribles carcajadas de Zanaseth, el Maldito, resonando en el interior de mi cráneo. Su risa sigue persiguiéndome por los pasillos de este manicomio. Piensan que mi odio a los negros me ha vuelto loco y que por eso incendié mi propia casa. Yo mismo, si no hubiera conocido a Zanaseth, también lo hubiera creído.